

Carta sobre - o debajo de - Lima

Ortiz de Zeballos, Augusto

Augusto Ortiz Zevallos: Arquitecto urbanista peruano.

Centro de demasiadas cosas concéntricas y que ya no funcionan, Lima, la extensa, aloja y cultiva un caos que llega hasta sus arenales periféricos, ya habitados al igual que las colinas de los Andes que frenan sus nubes casi perpetuas. En ella sin duda está el centro histórico más degradado entre sus, a cual la UNESCO viene de premiar con involuntaria ironía declarándolo «Patrimonio de la Humanidad», título que habría que explicárselo a sus usuarios actuales para quienes se trata de un lugar de supervivencia. Y en ella hay, y crece cíclicamente, una inmensa periferia sin articular. El impacto territorial de Lima en la costa cuenta con más de 100 kilómetros y hacia el interior marca el carácter de las ciudades andinas y selváticas alcanzadas por sus ejes extractivos.

Lima perturba el espacio nacional, para el cual no es un factor de desarrollo. El centralismo del Perú-Lima es diez veces mayor que las segundas ciudades: Arequipa y Trujillo - se focaliza en la capital. Allí se territorializa en un espacio geográfico constricto que la ciudad casi agotó, de modo que sólo puede extenderse a expensas de su propia calidad de vida y medio ambiente.

Polarizada y segregada físicamente, Lima se explica por la interacción entre un pequeño centro usado con desmesura y una periferia de crecimiento diario - 340 personas por día -. El centro, hoy disfuncional y por ello inevitablemente suplantado de modo amorfo y extendido, nunca fue complementado durante el crecimiento urbano de nuestra peculiar modernidad. Mas bien, fue parasitado por desarrollos urbanos especulativos de tipo ciudad jardín-dormitorio que se irradiaron de él manteniéndole sus obligaciones de servicio.

El mismo carácter especulativo y pesetero marcó la normativa urbanística para el centro, que fue, además, bendecida por la teoría funcionalista primaria de nuestro modernismo mal aprendido. Esa visión de la ciudad permitió una implosión desnaturalizadora, donde las edificaciones del centro debían sustituirse todas, salvando algunos saludos a la bandera. Lo que queda del centro fue preservado - no demolido, digamos más exactamente - por beatería y por miedo. Por los terremotos y los escándalos - hubo una admirable tarea intelectual de un grupo liderado por Héctor Velarde -, mucho más que por voluntad en ese sentido. El centro de Lima

de los años 50 fue un gran negocio inmobiliario - suicida a futuro -, que ciertas torres de modernismo brasileño, hoy envejecidas, atestiguan. Negocio que tuvo una importante trastienda - y numerosos traspatios - de tugurización y hacinaamiento.

No es el de Lima un centro histórico totalmente terciarizado, pero sí uno degradado y subdividido hasta unidades ya impracticables. Sucesivamente abandonado por clases sociales y sus diversos matices, pasó desde la más alta hasta la de debajo de la baja. Hoy es una mezcla entre el lumpen y nuevos actores marginales - por paradoja, centrales -, quienes explican su dinámica y el hecho de que ésta sea una que prevalece al conflicto.

En su enorme periferia, el origen ilegal y relativamente improvisado - en realidad las invasiones se hacen con un plano ya decidido de reparto de solares - explica que la trama urbana sea mejor descrita como un «patchwork» - parches entrecosidos - que como un tejido urbano. El rompecabezas «puzzle», como dicen anglosépticamente los españoles - es enredado y nadie en la ciudad percibe la lógica del todo. Lima es así un cúmulo, no una unidad; tampoco una construcción. Las formas de experimentarla son muchas, diversas y opuestas.

Nada ayuda ello a una identidad respecto de la ciudad; ni a un sentido - por ello - de ciudadanía; el cual sí existe y de modo admirable a nivel local. Las agrupaciones de vecinos son un fenómeno de alta cohesión y enorme potencial, pero se presentan a la escala y medida de tareas concretas - el vaso de leche para los niños, la cocina comunal para disminuir el gasto de supervivencia cotidiana -; y no en espacios de poder que puedan contar y pesar en la toma de decisiones sobre la ciudad y su desarrollo.

La organización colectiva se desperdicia y su efecto desaparece a la escala de la ciudad y de sus regiones urbanas, que son tan claras como no reconocidas, puesto que hay un centro urbano y unas expansiones norte, este y sur además del Callao, que absorbe el oeste urbano.

El despedazamiento de la ciudad y de las competencias de sus autoridades superpuestas contribuye a complicar aún más las cosas. Cuarenta y ocho distritos forman dos provincias que están invadidas por el gobierno central y sus empresas especializadas en servicios. Una lógica explica que quienes regentean el agua, los desagües, la electricidad y los teléfonos lo hagan como quien vendiese una mercadería sin consecuencias tangibles. Sin conciencia tampoco, de su traducción física y

sus implicaciones en el desarrollo de la ciudad y en su calidad de vida. Por ejemplo, para ahorrar tuberías de desagüe éste se arroja en la costa misma, cuya defensa nadie asume. La contaminación generó así el cólera, además de una agresión intolerable a la vida cotidiana y al espacio natural e indispensable de la ciudad.

En verdad, Lima no se gobierna. Tampoco se planifica, ni siquiera se gerencia y mucho menos - en cuanto a sus decisiones tangibles - se discute. Su Concejo Metropolitano es un pleno de personas; no un espacio de representación de los distritos o las regiones urbanas, ante quienes no se rinde cuenta. Las decisiones de inversión de dinero municipal en obras las toma arbitrariamente el Alcalde - y su entorno, que a él se debe -. Si como ahora ese gobierno improvisa y sólo busca una popularidad furtiva, la ciudad ve dilapidados sus pocos recursos y maltratado su futuro.

La comedia se agrava si constatamos que el centralismo peruano reserva para el Estado central el 95% de la inversión pública y que el poder municipal es así menos que decorativo: indecoroso. En Lima, donde vive un tercio del país y se produce una porción fundamental de sus bienes y servicios, se gasta desde el municipio el 2% del presupuesto nacional. Un tal diseño de irresponsabilidades invita al absurdo y al protagonismo vacío, hecho que a la actual autoridad municipal complace. Como resultado, encuestas fidedignas dicen que el 70% de los limeños de hoy preferiría no vivir en Lima. Felizmente - aunque ello no es el tema de este texto - las perspectivas de futuro y de desarrollo se abren en las segundas ciudades del Perú.

La autopercepción de la colectividad limeña es así la de una comunidad condenada. El escenario cotidiano, que parecería irreversible mientras no se actúe sobre las causas - por ahora ni siquiera se palian los efectos -, está hecho de caos, congestión, insuficiencia de servicios, carencia grave de agua, futuro oscuro en energía - que los fanáticos de Sendero Luminoso (¡!) precipitan a bombazos contra las torres de alta tensión creando rutinarios apagones -, inseguridad creciente, pobreza urbana acumulativa y a veces extrema, multiplicación del trabajo infantil y senil callejero; una atmósfera de sálvese quien pueda.

En contraste con lo cual Lima presenta una intensa vida cultural y evidencia un gasto apreciable en vida nocturna exterior y hasta exhibicionista. Varias ciudades contradictorias en una sola, espacios y dilemas que no se tocan. Cosmópolis y precariópolis, cielos color Miami e infiernos varios, en el medio un enorme purgatorio. Tal diversidad se organiza en guetos. Los de extrema pobreza, donde los habitan-

tes no dejan salir enteros a los ajenos. Los de riqueza, resguardados por policías privados y metralletas último modelo.

En este estado de cosas el espacio público desaparece hasta como noción. Y resulta apropiado y privatizado por una jungla de presiones. La misma metrópoli expropia a la ciudad local sus ejes y espacios principales, con sus demandas erosivas y pesadas. Terminales de transporte, basurales, flujos desmesurados, congestión, concentraciones, colapsos de infraestructuras y estructuras que fueron dimensionadas para una ciudad menor y muy reciente. Así, la significación colectiva y la dimensión de lugar de encuentro de los lugares principales de la ciudad se van perdiendo. En la memoria de la juventud de hoy Lima siempre ha sido fea - Salazar Bondy la epitetó «horrible» hace 30 años -.

Esta fenomenología puede leerse de muchas maneras. Desde ópticas y disciplinas diversas y en foros múltiples ello se ha hecho, con dimensiones tan enciclopédicas como ineficaces para cambiar las cosas. Lima está cada vez peor, aunque conoce cada vez mejor sus enfermedades. La perversión sadomasoquista del diagnóstico paralizante ha marcado a nuestros investigadores.

Recientemente acometí el intento de proponer respuestas¹. El libro es la catarsis tras la frustración de crear y dirigir la oficina de urbanismo de Lima metropolitana y haber visto cómo políticos de segundilla la hundían y desguazaban para favorecer la improvisación y los negocios, en perjuicio de un programa serio de obras a la medida de las necesidades de la ciudad.

Resumo muy esquemáticamente algunas constataciones que el libro desarrolla. En primer lugar, Lima requiere recursos a la medida de sus problemas y de su funcionamiento como lugar fundamental del proceso nacional. Debe ser dotada de una base tributaria permanente, por el simple y obvio hecho de verse retribuida por la enorme actividad productiva y de servicios que permite. Si la mitad del producto bruto nacional y el 60% del comercial y de servicios se produce en ella no es dable que su presupuesto municipal sea del 2% del presupuesto nacional. Hecho que patentiza la invasión de su espacio por diversas entidades tentaculares del gobierno central, que gastan allí seis veces más que el presunto gobierno de la ciudad.

Lima necesita, entonces, dinero. Pero no dinero nuevo, sino ese que malgasta el gobierno central; alejado de la realidad local e incapaz por ello de discriminar proyectos pertinentes. Esta reflexión vale para todas las ciudades del Perú, donde vive el

¹Urbanismo para sobrevivir en Lima, ediciones Apoyo - Fundación Friedrich Ebert, Lima,1992.

70% de la población nacional - porcentaje creciente, por otra parte - y donde sólo se gasta el 4% del presupuesto nacional a través de los municipios del país entero. El dinero que necesita Lima no es tampoco el de otras ciudades, entonces. Es el que el conjunto de ciudades debe recibir de modo orgánico y permanente para que ellas sean base de progreso y modernización en el país, y no como hoy, lugares de acumulación de necesidades y déficit. El Perú era ya un Estado autoritario y centralista antes de que Alberto Fujimori decidiese absurdamente autoconstituirse en iluminado y en pontífice infalible. Desconcentrar poder y recursos es el indispensable inicio de una democracia real.

Además de recursos razonables, y de una municipalización de la gestión urbana - que hoy es un campo de tiro para desconcertadas instituciones de toda suerte - el manejo de Lima requiere ser regional, pues esa es su escala. Hoy los perímetros administrativos mienten. No corresponden a los espacios del problema. Dentro de esa escala geográfica la ciudad debe reconocer orgánicamente sus sub-regiones urbanas y darles entidad específica - agrupando municipios distritales actuales - y poderes efectivos de selección y priorización de proyectos, de ejecución y control. Este esquema nuevo de poder y representatividad debe llegar abajo y beber de las fuentes de fertilidad organizativa y verdadera representatividad que son los barrios donde se produce espontáneamente la participación. El barrio debe reconocerse orgánicamente como base y unidad original de participación. Un distrito sólo debe entenderse como una suma de barrios, no como las entelequias actuales carentes de identidad. Si hubiera espacios de reconocimiento colectivo que se agreguen y formen espacios mayores la enorme energía participatoria que hoy se desperdicia podría darle un sentido a Lima.

Un programa de recuperación ambiental - que el libro citado expone - es imposterable, y con él uno de puesta en valor de los espacios públicos, adaptándolos a la dinámica urbana que rebasa los supuestos con los que fueron concebidos. Este programa debe comenzar por los dos espacios urbanos de mayor envergadura y capacidad estructurante: el río y el litoral. Y complementarse con la recalificación de parques y lugares existentes hoy erosionados y en riesgo de pérdida total.

Sabemos que en nuestras realidades es ilusorio pilotear y sobre todo disciplinar los procesos urbanos, pero sus grandes líneas y «reglas de juego» pueden predecirse y ser identificadas, para que exista cierta capacidad de catalizarlos y «monitorearlos». Un municipio debe ser emprendedor y no controlista. Debe gestar la inversión de recursos ajenos, ya que no puede bastarse y apenas cuenta con algunos propios. Hay tendencias latentes que catapultar, otras que se debe frenar o

reorientar. Para todo ello es indispensable que asuma lúcidamente su papel y sus posibilidades, y que se instrumenten para llevarlos adelante. Y debe guardar en el cajón de los trastos viejos los planes modélicos e impracticables. Plan y acción necesitan ser lo mismo aunque haya dimensiones de reflexión, registro y documentación a preservar, precisamente, como memoria y referencias para la acción. Nuestras instituciones están caducas mientras nuestras realidades cambian cada día y hay actores nuevos y masivos en ellas que no reconocemos como tales.

En el caso de Lima se trata, por ejemplo, de ofrecer y programar suelo de expansión urbana al cual se le pueda dar servicios en el futuro, y no de que la ciudad se descubra cada madrugada más extensa y onerosa mediante ocupaciones violentas que establecen hecho consumados.

Se trata también de orientar la autoconstrucción y la densificación de una ciudad que es hoy una mancha de aceite sin masa crítica capaz de generar una dinámica autosostenida de servicios y comercio. De inducir centralidad alternativa y obtener así una pluricentralidad y una razonable homogeneidad de oportunidades en una ciudad hoy extremadamente heterogénea y donde, o hay demasiado, o no hay nada. De redistribuir las cargas de demandas, de racionalizar y obtener un sentido de red para sus flujos y su transporte que hoy se concentran sin lógica ni eficiencia; lo cual puede conseguirse sin una gran inversión ni grandes operaciones.

Estas opciones conducen al realismo, a las muchas obras pequeñas de efecto multiplicador y no a los fuegos artificiales del protagonismo político barato. Requieren por ello de políticos serios, que asuman su tarea como una didáctica acerca de la realidad y no como un afán de estrellato. Estas opciones necesitan crear opinión pública e invitar a que la sociedad civil participe, reclamando seriedad e inteligencia a las explicaciones de sus autoridades; que creen que los ciudadanos somos tontos a su imagen y semejanza. Se trata de tomar el futuro con las manos, y de que lo decidan quienes se interesan en él y no quienes lo juegan en ruletas personales.

Puesto que pese a su gravedad presente el futuro de Lima no es necesariamente apocalíptico, su mayor recurso desaprovechado es ella misma. A contracorriente de la degradación de sus condiciones y calidades de vida, de la carcoma que ha sido y es la crisis, pese a la amenaza que son para su futuro tanto sus politiqueros protagonicos como el tenorismo mesiánico, la Lima anónima manifiesta aún - y quizá crecientemente - una sabiduría soterrada y una energía muy grande. Traducidas a instintos de supervivencia física e intelectual. Sabiduría enriquecida por el

mestizaje. A su vieja alma cortesana se han sumado saberes populares y personalidades trasandinas.

No en vano está allí el tercio del Perú; todos los rostros, todas la épicas, «todas las sangres» como decía José María Arguedas. La crisis es también el caldo de cultivo de una identidad y un reto para decantarla. Algo importante nace en Lima con más fuerza que aquello que murió y aquello que agoniza, los mitos sobre un pasado no poco imaginario y escenográfico.

Mi predicción es que lo que hoy parece agua y aceite se reunirá. Lima verdadera será otra cosa que esa isla cosmopolita nunca bien habida, desterrada y nostálgica de colonia que algunos aún cultivan. Y será otra cosa que un campo de batalla cuya expresión urbanística es, pues, un zafarrancho de combate.

Como su cocina, como sus colores - que el cielo brevemente expone en los crepúsculos del verano -, como su música verdadera, como el alma amable y la cultura sabia y humilde de su gente.

Entonces Lima será de nuevo - es decir: de otra manera - Lima.

Referencias

*Anónimo, URBANISMO PARA SOBREVIVIR EN LIMA. - Ediciones Apoyo - Fundación Friedrich Ebert, Lima, Perú. 1992;